

En 1979, Belén se hacía pasar por un hombre para que no la sacaran del encierro. 30 años después ni su marido, ni sus hijos saben que corría



FRANCISCO
APAOLAZA

De camino al trabajo, se echó a llorar. Después, al llegar a su mesa en el hospital, no dijo nada de lo que había hecho. Se calló la noche en vela que pasó dando vueltas en la cama, ni dijo cómo se le había cortado la respiración en la calle, ni cómo quiso salir corriendo al escuchar el cohete y alguien le susurró «Quieta, respira, todo va a ir bien», ni cómo suenan las pezuñas de los toros sobre la Estafeta como un tranvía recién descarrilado, ni que resoplan al pasar como bestias venidas del infierno, ni lo ricos que saben los abrazos de después y la vida reentrenada. Estefanía Laita echó todo eso a llorar y supo en ese momento que «San Fermín estaba ahí, presente» con su capote, pero después no dijo ni Pamplona. Hasta después de las fiestas, su marido no supo que ella, una administrativa de 34 años de la capital navarra, había sido una de las muy contadas mujeres que han corrido el encierro. Estefanía es parte de un colectivo que sigue siendo minoría a pesar de que las barreras legislativas cayeron hace 38 años. Hoy es el chupinazo y éstas son algunas de sus historias.

En enero del año pasado, Carmelo Butini, librero pamplonés y una de las primeras espaldas que se encuentran los toros en la Cuesta de Santo Domingo, le dijo que alguien no podía sentir así a San Fermín por los adentros y no haber corrido, fuera hombre o mujer. A Estefanía le picó el bicho y el eco le fue retumbando hasta las cinco y media de la mañana del 11 de julio de 2001, cuando se puso en pie y se vistió pese al SMS de Carmelo: «No vengas, hay mucha gente». Fue y se quedó en la calle, tragándose los minutos como cristales rotos, escuchando los consejos y mirando el vallado de la Estafeta al que tenía que llegar si o sí, aprendiendo a no salir espantada. Cuando le dijeron «Ya, ¡corre!», se extrañó de las zancadas larguísimas. Con el corazón saliéndosele por la boca, no sintió ni el cuerpo a cuerpo de la carrera, cuando el río urge y estrecha sus ondas de tumulto, que escribió Gerardo Diego. Lo hizo. Ni mejor, ni peor que cualquier hombre en su primer encierro, pero se calló. «No lo sabe ni mi madre y no lo quise decir a la gente porque me iban a echar la bronca», explica. ¿Por loca? ¿Por inconsciente? Estefanía no estaba haciendo nada malo. En 1974, el bando mu-



Una moza se protege en el tramo de Mercaderes. :: JESÚS DIGES/EFE